

Recensión

Pitre, Brant. *Jesus and Divine Christology*. Grand Rapids: Eerdmans, 2024. pp. 408. ISBN: 978-0-8028-8607-1.

Esta obra reconoce la tensión académica respecto al Jesús de la historia y el de la fe. Sin embargo, en lugar de aceptar que la alta cristología es un desarrollo posterior, el autor reinterpreta los cuestionamientos críticos como el punto de partida para demostrar una cristología alta y temprana, reconocida por los discípulos de Jesús en el siglo I a partir del testimonio de los Evangelios. En este marco, Pitre plantea la paradoja existente entre la búsqueda del Jesús histórico y los estudios sobre la cristología primitiva: “*If Jesus himself never claimed to be divine in any sense, then how do we explain the origins of early high cristology?*” (p. 10).

Pitre respalda su estudio en base a cuatro justificaciones históricas. (1) El judaísmo del segundo templo permitía un mesías divino; (2) Jesús se identificó como un figura mesiánica; (3) Jesús hizo afirmaciones divinas en los sinópticos, no solamente en Juan; y (4) otras figuras históricas afirmaron ser divinas (pp. 12-22). Con este marco, el autor examina pasajes de los evangelios sinópticos y de Juan bajo una doble premisa lógica: primero, que habría una explicación histórica plausible para que los primeros seguidores judíos de Jesús lo consideraran más que meramente humano; y segundo, que si la noción de un “Hijo del Hombre divino” existía en el judaísmo de la época, y Jesús fue acusado de blasfemia debido a sus propias declaraciones, entonces se amerita volver a examinar el presupuesto crítico de que el Jesús histórico jamás afirmó ser más que un ser humano (pp. 23, 24).

Para el análisis de los pasajes, Pitre recurre al método del triple contexto propuesto por E. P. Sanders (*Jesus and Judaism*, 1985),¹ con el fin de evitar que los presupuestos del investigador condicionen los resultados —un sesgo que el autor denuncia como recurrente en la erudición crítica (p. 38, *passim*). Mediante este enfoque, los mismos criterios aplicados para fundamentar la historicidad de un pasaje sirven también para desmentirla (aspecto que se aborda en cada capítulo).

Los capítulos 2 al 5 analizan una selección de perícopas evangélicas organizadas temáticamente. La primera categoría (capítulo 2) aborda los milagros “epifánicos”, denominados así por revelar la identidad divina de Jesús a través de tres episodios: la calma de la tempestad, la caminata sobre el agua y la transfiguración. Pitre argumenta que al examinar estos milagros en el marco del judaísmo del siglo I, se comprueba que Jesús habla y actúa con atribuciones

¹ (1) Plausibilidad contextual en el judaísmo del siglo I; (2) coherencia con otras evidencias sobre Jesús; y (3) consecuencias/efectos en la iglesia primitiva.

propiaamente divinas. Este capítulo establece una plantilla que se replica en los siguientes.

El capítulo tres aplica este modelo a tres dichos/acertijos de Jesús. Las condiciones para ser su discípulo (amarlo más que a padre y madre); la manera en que se relaciona con el “Dios bueno” que entregó el decálogo (“¿por qué me llamas bueno?”); como su acertijo respecto del Señor de David (“Pues si David lo llama Señor, ¿cómo es su hijo?”), apuntan a que se puede inferir su identidad divina. En el cuarto capítulo, se analizan dichos apocalípticos de Jesús que lo configuran como el “Hijo del Hombre” celestial; un personaje considerado por muchos —al menos— como supra-terrenal o divino (pp. 182-184). En el quinto, se estudian los episodios en que las palabras de Jesús resultan en acusaciones de blasfemia, único motivo histórico plausible —desde la perspectiva judía— para su ejecución en la cruz: que se ha identificado como el mesías divino (p. 316).

El sexto capítulo comienza con una tabla que sintetiza las doce perícopas analizadas (p. 328) y expone las implicaciones de las declaraciones y acciones deliberadas de Jesús sobre su identidad divina. La primera implicación —y la más conectada con la paradoja planteada al inicio de la obra— sostiene que la tradición académica que niega la existencia de evidencias sobre la autocomprensión divina de Jesús debe ser abandonada como “la reliquia que es” (p. 329). Otra implicancia es que no es necesario depender de Juan para una alta cristología temprana. Diez de las doce perícopas analizadas pertenecen a los Sinópticos (p. 330). La última implicación se ramifica en tres, pues los efectos en la cristología primitiva y posterior, al igual que la separación entre Iglesia y Sinagoga deben tener su origen en las palabras y acciones de Jesús, pues “nada viene de la nada” (*ex nihilo nihil fit* [p. 330]). Estos tres aspectos son desarrollados brevemente en el resto del capítulo.

Se trata de una obra bien estructurada, con una tesis clara, una hipótesis plausible y una argumentación fundamentada. Aunque sus evidencias están abiertas al debate, constituyen una invitación convincente a reevaluar los presupuestos críticos sobre la separación entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe (véase, por ejemplo, el apartado *Early Christology Was Also Very Low Christology* [pp. 345-348]). Asimismo, resulta valioso que el texto —sin proponérselo explícitamente como objetivo central— modela una práctica de hermenéutica intrabíblica al identificar alusiones y ecos del Antiguo Testamento en los evangelios. Este aporte se inserta con en una línea de investigación vigente, convirtiendo a la obra en una lectura altamente recomendable para todo estudioso riguroso del Nuevo Testamento y la cristología.

Pablo Millanao T.

 <https://orcid.org/0000-0002-5063-7339>

Universidad Adventista de Chile